Domingo 10 de setiembre de 1995

PRIMER PLANO/

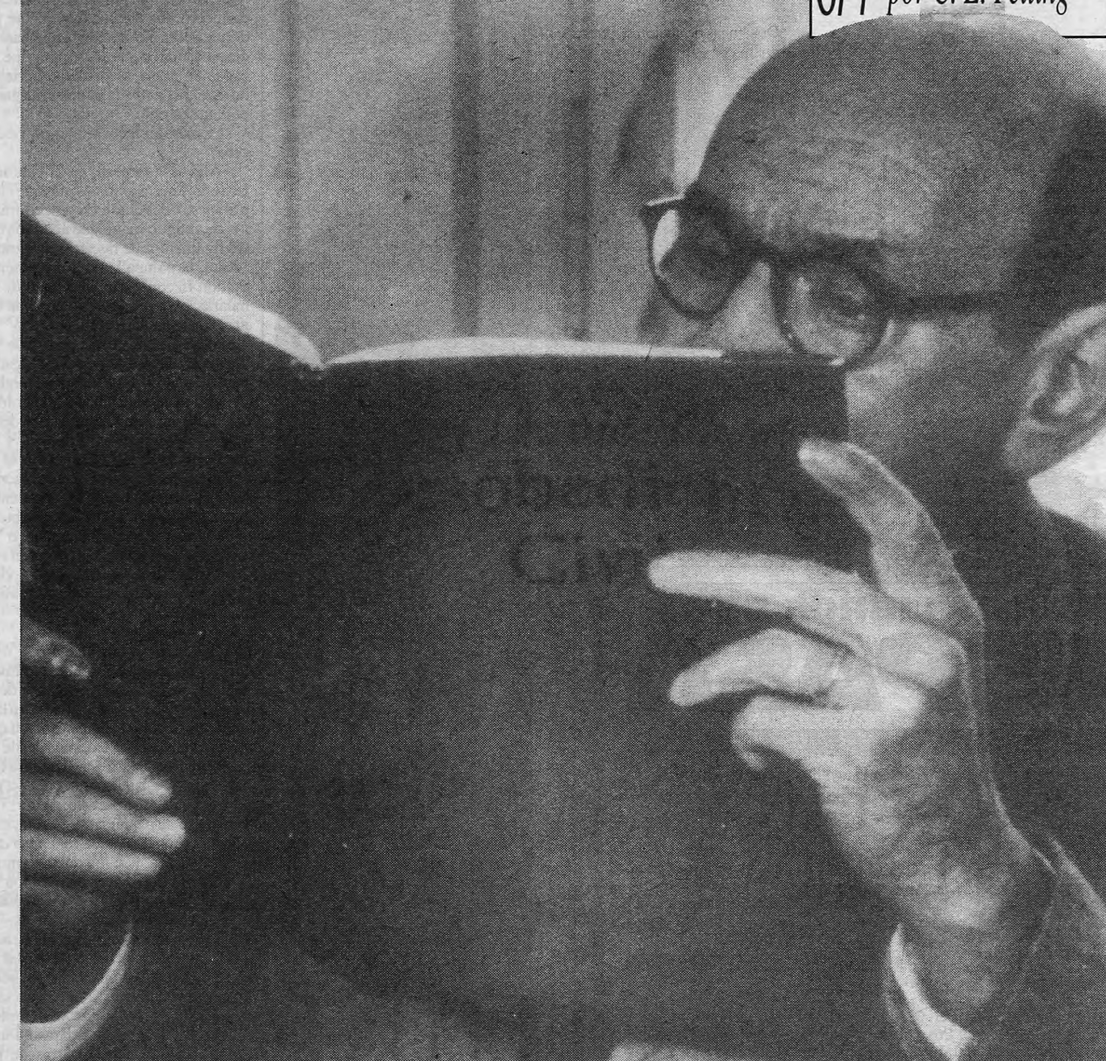
Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

ANTICIPO DE "NIÑAS JUICIOSAS" *obra póstuma de Angela Carter*

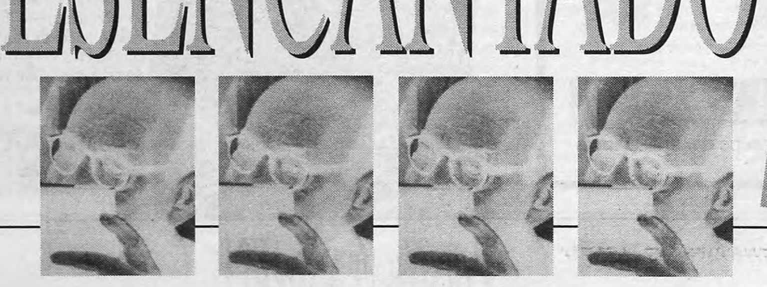
6/7 LA NOVELA POLICIAL DE LINDSEY DAVIS, *por C. E. Feiling*

Nadie como él pudo unir la desilusión a una forma desencantada de la utopía. Ensayista, poeta, narrador, Ezequiel Martínez Estrada cumpliría 100 años el próximo jueves. Nacido el 14 de setiembre de 1895 en San José de la Esquina, Santa Fe, escribió "Radiografía de la Pampa", "Muerte y transfiguración de Martín Fierro" y "La cabeza de Goliat", libros en los que se mostró, según David Viñas, como una mezcla de cirujano y hechicero. En las páginas 2 y 3 el propio Viñas y Tomás Eloy Martínez retoman las ideas de este gran escritor que hoy valdría la pena releer.



RADIOGRAFIA DE UN DESENCANTADO

SOÑAR EN ESPERANTO *por Rodrigo Fresán* 8



A CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DE EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA



EL ASALTO

Los libros y las ideas de Ezequiel Martínez Estrada siguen convocando a la polémica. Sus tesis pesimistas sobre el destino nacional, expresadas sobre todo en "Radiografía de la pampa" y "Muerte y transfiguración del Martín Fierro", lo llevaron a ocupar un lugar a la vez distante y comprometido con la realidad. Nihilista –reaccionario por momentos–, Martínez Estrada defendió al final de su vida a la Revolución Cubana. Es en ese momento que David Viñas prefiere recuperarlo para analizar la historia argentina. Por su parte, Tomás Eloy Martínez relata, en un fragmento de su libro "Lugar común la muerte", el conmovedor encuentro con un Martínez Estrada ya anciano y desesperanzado del país.



Si despanzurraba a la Argentina con una jubilosa ferocidad, no resultaba brusco. Al fin y al cabo, al operar sin dentelladas, más bien parecía un minucioso y diestro carnicero que sabía exactamente por dónde debía ir trozando la piel para no desparramar la carne, y para que las capas de grasa se le fueran abriendo de manera dócil y él pudiese hurgar en el lugar estricto.

–¿Una mezcla de cirujano y hechicero?

–Algo así: experto en coyunturas. Eso era. Y sus ademanes más que científicos se convertían en procedimientos de antiguo mago que acertaba con los ligamentos de nuestra cartografía: "Aquí, la pampa" podía ir anunciando don Ezequiel sin necesidad de señalarla, pero recorriendo con una ternura exaltada esa lisura de hígado. "De Tapalqué al sur de Pergamino y de Navarro a Curiará", y sus dedos sagaces, parecidos a ramas, iban avanzando a lo largo de alguna nervadura geológica. "Las Encadenadas no tienen declives hacia el mar –continuaría– y los médanos de Río Gallegos sólo se recalientan en octubre." Y hasta incrustaría su nariz de boxeador renacentista al sugerir "Paraná", "afluentes", "camalotes", "cierto caimán" o "el Guayquiraró". O quizá, "por aquí cruzó Urquiza con sus balsas y el viejo Sarmiento con su calva y su imprenta renana".

–¿Y Quiroga?

–¿Horacio? –don Ezequiel realmente apuntaba hacia el Iguazú mientras iba oprimiendo la vesícula de su mapa imaginario–. Horacio era mi hermano el mayor y le entusiasmaba cruzar el Gran Río con su canoa desde los saltos del Ipatarabí con rumbo a Goya o Resistencia –me dijo–. Y si llovía sobre el río, mejor: Horacio se desnudaba, se reía, cantaba, cantaba mal pero cantaba, y se iba dejando mojar la barba y el pelo de los sobacos y del vientre mientras señalaba las barrancas. Yo llegué a imitarlo, Viñas; aunque me costaba recordar todos los nombres de esas costas carnosas: Xingú, hacia el norte y la frontera con el Brasil; Pituá, unas costas de pechuga roja, húmedas y que en guaraní (según las versiones heterodoxas de Horacio) significaban *entrepierna*. También su piragua se llamaba "Pituá".

Don Ezequiel se sonreía exhibiendo unos dientes oxidados:

–Muchos atardeceres he venido aquí, al Malecón –prosiguió–; a mis espaldas, siempre pasa uno de esos Buick que ya no necesitan bocina para anunciarse por los paragolpes desmantelados que arrastran. "Buicks *lumpen*", los llamo yo; y a mis amigos de la isla no les hace gracia, pero me toleran –y don Ezequiel se apoyó en el muro carcomido y señaló hacia el mar–. Muchos atardeceres vengo –repitió– algunas veces solo; otras veces, con él.

–¿Con "él"?

–Con *él* –se impacientó–; quién va a ser. Y los dos empezamos a putear a ese barco.

–¿Al *Oxford*? –cabeceé.



–Sí, Viñas. Sí. Y lo provocamos a los gritos. Alguna gente se para y nos mira; no se ríen o, a lo sumo, se atornillan la sien con el dedo –don Ezequiel dejó que lo salpicara esa ola color de vino que rompía ahí abajo-. Claro –precisó–; a él se lo conocen de memoria, y cuchichean entre ellos: "El loco se trajo al padre loco; son dos locos que vinieron del sur" –don Ezequiel recogió las salpicaduras de la ola y se las fue pasando por su calva combada–. ¿No tiene calor, Viñas?

–Y, con el último ciclón...

–¿No quiere que le pase la mano por la frente? –me ofreció–. Todavía la tiene húmeda.

–No traje pañuelo, don Ezequiel.

–Yo me refiero al calor, no a los mocos.

Los dos seguimos caminando por el borde del Malecón. Pasamos por delante del edificio de una embajada; no recuerdo si era la de Marruecos o de Túnez. Don Ezequiel rezongó "Beverly Hills; son los rezagos que le dejaron los norteños". Tropezó con un pedazo de escarapela enmohecida, murmuró algo que podía ser "Termidor" o "gorro frigio". No lo entendí del todo ni le pedí explicaciones. Y en un recodo del murallón, se detuvo, silbó apenas, se sacó algo que le había quedado entre los labios, y me dijo acercándome mucho la cara:

–Es la desgracia de la Argentina: somos un país ni fu ni fa; o, si usted prefiere, Viñas, un país hermafrodita. Tal cual –don Ezequiel tenía olor a farma-

AL CIELO

cia o, por ahí, a uno de esos ungüentos que se ponía sobre la piel cuarteada–. Es que la Argentina no es América latina, y mucho menos Europa. Por eso, pretendemos ser Jano: dos caras, un par de rostros. Usted lo sabe, Viñas.

–Quizá.

–La Argentina no es Brasil, ni Perú ni México: no negros, por lo tanto, ni indios como los aztecas o los aymara. Se sabe de memoria.

–Se sabe.

–Tampoco Europa; y mucho menos Suiza o el país de los noruegos. Ni fu ni fa –insistió haciéndose sonar los dedos con impaciencia–. Hermafroditas o híbridos –dictaminó–; eso somos los argentinos y esto no es estrictamente un juicio de valor, me limito a describir. Tampoco, en realidad, nos parecemos a Chile: en esa franja tienen terremotos, Neruda, los mapuches, y hasta una bandera con rojo y azul, Viñas. La nuestra es blanca y celeste; chirle, por lo tanto. Y que me perdone Belgrano por quien tengo la mayor consideración.

–¿Usted habla de símbolos, don Ezequiel?

–De metáforas, Viñas, de metáforas fundamentales: es la única manera en que sé hablar –don Ezequiel me agarró del brazo, me oprimió el codo, y seguimos caminando a lo largo del Malecón–. Uruguay es lo más parecido a nosotros. Uruguay –marcó una tajada en el aire como si hubiera recuperado sus gestos de cirujano a lo Rembrandt–; pero al Uruguay bajaron los negros de los quilombos y les enseñaron, hasta en Montevideo, a sacudir las caderas. Además, Viñas –el antiguo anatomista holandés se empecinaba en resultar certero–, a Montevideo la fundaron recién en el siglo XVIII y jamás tuvo un arzobispo a la porteña. Y no se olvide, los uruguayos tuvieron a Batlle. Del primer Batlle, le estoy hablando. Compare.

–Tampoco lo tuvieron a Perón.

–¡Uh, Perón! –se fue palpando el filo de los dientes don Ezequiel: recordaba, medía, o por ahí empezó a sentir una puntada en el paladar–. Usted también sabe que yo siempre fui antiperonista. Es algo del dominio público. Pero jamás lo desprecié: Perón era un adversario que me irritaba, me humillaba a veces, pero jamás lo subestimé. Era lo que era: un excelente sargento furriel o, si usted quiere, el más astuto de todos los de su camada que no fueron precisamente unas Minervas. Tanto es así, que su momento más imaginativo y audaz fue entre el '43 y el '45. Por algo se casó con Eva después del 17 de octubre.

–¿Y ella?

–¡Ella, sí! –don Ezequiel contempló el mar entornando los párpados; recitó en voz baja "El mar es un solterón", y siguió hablando de Eva como si hubiera recuperado una víscera entre el páncreas y los pulmones de la anatomía de nuestro país–. Ella sí; era mucho más viril que él; por lo mismo que provenía del universo tapado de los indios y de los negros. Estaba loca. Y, sí. Pero, qué locura; la que tendría que tener nuestro país. Lo que pasa, Viñas, es que Perón la usó y la usaba. Podría decirle, aunque esto le suene a tango o a viejo sainete: "La recogió de la calle, a ella que soñaba con las luces del centro, y la puso a atender la caja". Ella sí, Viñas; él no; Perón jamás se apasionaba. Fingía, a lo sumo; ella, en su estilo, sí. "Una pasión arrabalera" era ella, y hasta le hubiera corregido el título al bueno de Mallea.

Yo fui gambeteando algunas baldosas chuecas de la vereda del Malecón:

–¿Y la "Marcha", don Ezequiel?

Ese viejo cirujano con olor a *Untisal* me tironeó de los pelos de la nuca:

–¿Usted me provoca, Viñas?

–Le pregunto, nada más; como usted dice que prefiere los símbolos.

Don Ezequiel siguió mirándome con algo de desconfianza:

–La "Marchita", sí. Estupenda. Sí. Qué duda: el primer himno argentino que se hace cargo del "vos"; mucho mejor que la Marcha de San Lorenzo o que el propio Himno Nacional –allá, en el filo del horizonte, el *Oxford* hacía vibrar una luz; yo pensé "Intermitentemente", y don Ezequiel me oprimió el codo: –¿Heliógrafo se llama ese aparato, no?

–Creo que sí, don Ezequiel: heliógrafo.

–Pues bien, mi joven amigo –me sonrió sin mostrar la herrumbre de sus dientes–; la "Marchita" es memorable. Hasta yo me la sé de memoria y la podría cantar...

–¿La cantamos, don Ezequiel?

El se rió exhibiendo toda su boca cariada:

–Está bien que con *él* le hagamos cortes de manga al *Oxford*; pero si usted y yo nos ponemos a cantar la "Marchita", se van a parar esos Buick hollywoodenses y los habaneros nos van a pedir que bailemos. No –de pronto dejó de reírse–. La "Marchita", sí. Muy bien. Pero, ¿qué me cuenta "De casa al trabajo y del trabajo a casa"? Es de sargento furriel eso: parar la pasión, tapar lo de abajo, frenando lo que Eva conoció entre bambalinas y en pensiones de cuarta categoría; y proponer la sumisión al jefe, al capataz, a la suegra o a la santa esposa. De una rutina a la otra, y sin chistar. ¿Ese es *El Nacional*? –señaló unas cúpulas como minaretes.

–Sí; allí vivía Hemingway cuando venía a La Habana.

–Beverly Hills –volvió a sentenciar el viejo–. Beverly Hills, Don Ameche y Carmen Miranda. Caca.

Otra ola se quebró entre las piedras de ahí abajo y nos salpicó a los dos.

–¿Don Ezequiel?

–Diga.

–¿Y aquí, cómo lo tratan?

–Bien. Muy bien, le diría, Viñas; pero eso no quiere decir que me haga la señal de la cruz. Al fin de cuentas, un escritor, de un escritor crítico le hablo, siempre está fuera de lugar. Ellos, la gente de acá, intentan su asalto al cielo –de nuevo se acarició los labios cortajeados–. Se asalta, se cae, se suele fracasar; pero se vuelve a asaltar. Eso es lo que me conmueve más de ellos. ¿Usted se llama David, no?

–Es mi segundo nombre.

–Pues bien: David contra Goliat. Clásico. Muy simple; quizá demasiado. Lo que nunca hicimos los argentinos. Yo soy muy envidioso. Se sabe. Se comenta, Viñas. Y yo les envidio eso –se detuvo al pie de un farol, miró hacia el lugar de la lámpara: no había lámpara; y él pareció medirse–. Un asalto; habrá otros. Está muy alto el cielo, ¿no? –y señaló esas nubes color mostaza–. Yo vine aquí porque me invitó mi hijo –murmuró.

–No sabía, don Ezequiel.

–¿No sabía qué? –don Ezequiel se palpó las coyunturas del hombro–. ¿Que no tengo hijos? Tengo varios, Viñas. Sobre todo uno, que es el que me invitó a este país. Con él discutimos, solemos pelearnos; pero cuando nos reconciliamos, nos juntamos de noche y venimos al Malecón a eso. Precisamente: a hacerles cortes de manga a las luces del *Oxford*. Desde aquí. Justo

ENTREVISTA AL BORDE DE LA MUERTE



EL APOCALIPSIS

SEGUN MARTINEZ ESTRADA

TOMAS ELOY MARTINEZ

Para Martínez Estrada, la desventura empezó en 1929, cuando se le concedió, por influencia de Leopoldo Lugones, el Premio Nacional. El novelista Manuel Gálvez, que había sido postergado, no toleró la afrenta y se declaró en campaña para infamar al mediocre que agraviaba su prestigio. "Perdí la cabeza", admitiría después Gálvez en sus Memorias, sin dejar de insistir en que Martínez Estrada "se trabajaba los premios lindamente" y que los conseguía por ser un imitador prolijo de Lugones.

Desde entonces, el encono por la inmoralidad argentina puso a la conciencia del viejo en estado de sitio. Tres años más tarde, cuando expuso las miserias del país en *Radiografía de la Pampa*, fue reducido al aislamiento. "Me acosaron –diría Martínez Estrada aquella tarde de Bahía Blanca–. Se me acusó de haber obtenido con fraude la libreta de enrolamiento, y aunque demostré lo contrario, los jefes de Correos y Telecomunicaciones, donde yo trabajaba, me infligieron una sanción arbitraria. En vez de despedirme, me designaron encargado del servicio de encomiendas para España, al empezar la Guerra Civil. Se abrieron ante mí meses de pesadilla. Por mi escritorio desfilaban millares de seres humanos, deudos, comedidos o militantes, que me confiaban toneladas de paquetes: desde las siete de la mañana hasta las tres de la madrugada siguiente".

Yo veía acercarse su silencio como si fuera una tempestad que me dejaba indefenso. El viejo se preparaba para el silencio trayendo desde los rincones más sanos del cuerpo alguna tos, un jadeo corto, imperioso, y un repentino eclipse de la atención. Yo no conseguía acostumbrarme a la aparición del silencio, y cuando me sentía tomado de sorpresa por él, trataba de retenerlo, por temor a que también a mí me desvistieran las palabras.

Hablé tan poco, que creo haber retenido de aquella tarde sólo lo que no dije. Cuando él insistió en que su abandono era tan pleno que hasta los objetos domésticos se resistían a servirlo, le comenté, recuerdo, que los objetos tienen también su lógica de comportamiento, y que cuando el cuerpo regresa a una lámpara o a un sillón que han sido largamente desdeñados, siente de inmediato su rechazo. "Quién sabe, quién sabe", asentía el viejo. "Los límites de la realidad siempre están más allá, como las aguas de los espejismos".

Recaía con asiduidad en el lenguaje apocalíptico, y era tan diestro para la compunción como para la cólera. Sus discípulos argentinos solían encontrar en esos vahos del humor una cierta calidad profética. A mí me parecían tan artificiales como una representación de teatro. No creo que sus padecimientos fueran fingidos ni irreales, pero sentí aquella tarde que se servía de ellos con demasiada ostentación, como si fueran el ardor que justificaba su literatura demoledora.

Había padecido una enfermedad monstruosa, sin nombre preciso, entre 1948 y 1952 "¿Era yo el enfermo o era mi pueblo?", le oí decir. "Vagué de hospital en hospital, del Rawson de Buenos Aires a la clínica de Gregorio Berman en Córdoba, con la piel negra como el carbón y dura como la corteza de un árbol. Los médicos no pudieron diagnosticar con precisión. Sólo averiguaron que el mal provenía de ciertas deficiencias en el funcionamiento de la glándula hipófisis."

Lo trataban como a un indeseable. "Yo, que siempre me había negado a ser instrumento de los enemigos del país, aparecí ante ellos como la conciencia que los acusaba. Y con mi enfermedad –explicó, con un aire de queja que no excluía el orgullo– expié también la sordera de mi pueblo enfermo."

Cuando, al cabo de cinco años de yacencia, no había nadie que lo aceptara, Victoria Ocampo le dio cobijo en su casa de Buenos Aires. "Ella también –agradeció el viejo– estaba entre las víctimas de la barbarie. Los impugnadores olvidaban que había debido renunciar a su casta, que era mal vista por los de su propia clase, y que los burgueses y proletarios la repudiaban. Sus aliados eran los advenedizos que buscaban la hospitalidad de la revista *Sur* para ocultar sus venalidades."

Desde que se supo convaleciente, se negó a callar. Pasó por alto los infartos cardíacos que se le declararon en 1960 y 1964, sin interrumpir su trabajo torrencial –diez horas cada día–, poblando la casa con los manuscritos de su obra magna sobre José Martí y los aún desconocidos *Filosofía del ajedrez*, *La vida del violín y los milagros de Niccoló Paganini* e *Historia natural de las ciudades*.

En 1959 emigró a Cuba, porque la jubilación de tres mil pesos "no me alcanzaba ya para vivir con cierto decoro en la Argentina". Durante los dos años de exilio voluntario, en un pequeño y austero departamento de La Habana, contiguo a la Casa de las Américas, recibió "más bienes que en toda mi vida anterior, sin que nadie me apremiara a escribir una sola línea sobre la revolución o sobre Fidel Castro". Escribió millares, sin embargo. Al mes del regreso, el semanario *Marcha* de Montevideo dio a conocer un artículo en el que Martínez Estrada explicaba, con la fe de un converso, que "la libertad para el pueblo de Cuba consiste en decidir su destino y no en cambiar de amo".

Aquella tarde, en Bahía Blanca, negó –recuerdo– toda salida a las tragedias argentinas. "Para encontrarla –dijo– debiéramos conocer el mapa de la cárcel donde estamos confinados. Si lo tuviéramos, podríamos matar al gendarme. Pero no hay mapas. Quizá ni siquiera hay gendarmes. Todo lo que nos queda, entonces, es sentarnos a la puerta de nuestra celda y ponernos a llorar."

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Santa Evita,* por Tomás Eloy Martínez (Planeta, 19 pesos). Las desventuras del cadáver de Evita, las historias secretas de la musa del peronismo y las investigaciones del autor-narrador son los tres afluentes de esta novela saludada por Gabriel García Márquez como un acontecimiento literario.	1	8
2	*La novena revelación,* por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	2	45
3	*Mañana, tarde y noche,* por Sidney Sheldon (Emecé, 19 pesos). Un millonario muerto accidentalmente, una hija no reconocida reclamando parte de la herencia y una familia demasiado ocupada en ocultar negocios turbios conforman el cuadro de la nueva novela de Sheldon.	-	1
4	*No sé si casarme o comprarme un perro,* por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro labrador o la mordida rabiosa de los hombres?	3	13
5	*En el tiempo de las mariposas,* por Julia Alvarez (Atlántida, 18 pesos). La historia de tres hermanas, férreas opositoras al régimen dictatorial del general Trujillo, cuyos cuerpos fueron encontrados a finales de 1960 al pie de un risco, y de una cuarta que sigue viva. La novela, que fue distinguido como el libro notable del año por el New York Times, recrea el mundo de las hermanas Mirabal relatado en primera persona desde la óptica de las protagonistas.	4	5
6	*El mundo de Sofía,* por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental desde los griegos a Sartre.	5	14
7	*Diario de Andrés Fava,* por Julio Cortázar (Alfaguara, 13 pesos). Una novela inédita donde el autor de Rayuela reflexiona sobre la literatura, la música y los argentinos agregando, como ingredientes, elementos autobiográficos.	9	2
8	*El amor, las mujeres y la vida,* por Mario Benedetti (Seix Barral, 24 pesos). Los mejores poemas de amor del escritor uruguayo en una selección realizada por el mismo Benedetti que recupera en este libro la vena erótica, en una perspectiva no disociada de la política y la militancia.	7	10
9	*Insomnia,* por Stephen King (Grijalbo, 29 pesos). Ralph Roberts es un reciente viudo que comienza a sufrir una paulatina pérdida del sueño lo que no demora en permitirle vislumbrar una realidad aparte. La habitual maestría de King a la hora de narrar un pueblo chico y un gran terror en una de sus mejores novelas de los últimos tiempos sin por esto alcanzar las alturas de El resplandor o La zona muerta.	6	10
10	*Riesgo aceptable,* por Robin Cook (Emecé, 18 pesos). En una carrera por ganar millones de dólares, varios científicos pugnan por descubrir un psicofármaco que supere al antidepresivo Prozac. Uno de ellos, el doctor Amstrong, está a punto de hacerse famoso con su descubrimiento. Sólo un obstáculo se interpone en su camino: los efectos colaterales de su invento afectan la memoria de los pacientes.	8	4

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Odessa al sur,* por Jorge Camarasa. (Planeta, 20 pesos). El libro detalla la historia de los nazis en la Argentina, la responsabilidad de la Iglesia Católica, la Cruz Roja Internacional y el gobierno peronista.	1	5
2	*Ser digital,* por Nicolás Negroponte (Atlántida, 21 pesos). La influencia de las computadoras en la vida del ser humano. Cómo será la convivencia entre las máquinas y el hombre en el futuro y cuál será el desarrollo de los seres digitales en el siglo XXI.	7	3
3	*El palacio de la corrupción,* por Fernando Carnota y Esteban Talpone (Sudamericana, 14 pesos). Una investigación sobre los escándalos delictivos del Concejo Deliberante. Nombres y maniobras concretas que junto con las denuncias, los documentos y las causas judiciales reconstruyen negociados en los que interviene la droga y el enriquecimiento ilícito.	2	9
4	*La novena revelación: Guía vivencial,* por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	3	13
5	*La Argentina como vocación,* por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado ¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy? el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la Nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	4	20
6	*Historia integral de la Argentina, III,* por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de Soy Roca. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreynato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	6	17
7	*Un viaje por la economía de nuestro tiempo,* por John Kenneth Galbraith (Ariel, 16 pesos). El autor sintetiza la historia económica mundial desde la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa hasta la era Reagan y las implicaciones de la caída del comunismo, pasando por la aparición del keynesianismo.	5	13
8	*Historias de la Argentina deseada,* por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	8	21
9	*Memoria a dos voces,* por François Mitterrand y Elie Wiesel (Andrés Bello, 18 pesos). Las memorias del ex presidente francés a través de una conversación con el Premio Nobel de la Paz de 1986. La carrera de Mitterrand, los problemas políticos contemporáneos y la religión son algunos de los temas que se abordan en el libro.	9	10
10	*Judío, el ser en crisis,* por Jaime Barylko (Temas de Hoy, 16.50 pesos). La condición del judío en la actualidad posmoderna, la tradición, la fusión, la pretendida superioridad del pueblo judío, sus mitos y sus realidades son algunos de los temas que el autor aborda en este libro.	10	6

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Gandhi, Hernández, Librerío, Librería del Fondo, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, Lett, Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Susan Sontag: **El amante del volcán** (Alfaguara). Basada en la vida del almirante Nelson, William Hamilton y su esposa Emma, esta novela marca el retorno de la sutil ensayista Susan Sontag al territorio de la narrativa. El relato consigue crear un universo en el cual una voz femenina analiza la condición humana, la cultura y la idea del amor.

Carnets///

FICCION

La fascinación de la tristeza

LUZ DE LAS CRUELES PROVINCIAS de Héctor Tizón. Alfaguara. 201 páginas. Buenos Aires, 1995.

Como pocas veces en la literatura argentina, *Luz de las crueles provincias*, ya desde su título, es un libro calmado, líricamente triste (allí se habla de luz, no de sombra). Hasta cierto punto hace recordar otro libro, aún más terrible, *En vida*, de Haroldo Conti. O a una especie de contemplativo Pavese norteño, a quien el paisaje le impide la desazón definitiva.

Anécdota hay, en abundancia. Una pareja de jóvenes, ella embarazada, llega a América, a la Argentina, desde la lejana y pobrísima Europa. Fracasan en Buenos Aires, viajan al norte, se conchaban en lo de un "dueño" solitario y calmadamente autoritario, el hijo nace, se desarrolla y es juez. Alrededor de esos personajes se mueven otros, algunos rayanos en la leyenda pura (una mujer que, entregada a todos, envejecida joven, es tratada de canonizar por sus admiradores), otros patéticos (un loco apegado a las gallináceas). Como un ábaco, el relato va pasando las cuentas de sus vidas, que terminan todas en la muerte, desde luego.

No hay tragedia, sin embargo. El propio texto se encarga de plantear explícito, a veces retórico, el fondo metafísico de aire o líquido triste que envuelve, baña a seres y paisajes: *"Todo parecía recordar la fugacidad, la declinación de la vida, y entonces pensaba que todo podría haber sido mejor y que la vida es breve y a cada paso disminuye y muere".*

Esa propensión a soltar de vez en cuando aforismos redondos, poco verbales de los personajes recibe la mirada irónica de uno de ellos, el hijo del juez, que hacia el final, tal vez



reflejando algún momento irritación del propio lector/a comenta: *"Aquí hasta los fora son sentenciosos".*

La armazón estructural, a la flexible y sólida, sostiene la tota

FICCION

Descubrir es preciso

LA MUJER DE MAR ADENTRO, por Thomas Keneally. Ediciones B, 1994, 335 páginas.

La mujer de mar adentro cuenta la historia de un descubrimiento. Su protagonista, Kate Gaffney, casada con uno de los hombre más ricos de Australia, pierde a sus dos hijos en un incendio. Huye hacia el centro del país, buscando una ciudad donde la sorpresa no vuelva a tomarla desprevenida, donde todo sea muy habitual y sobre todo previsible. Sin embargo Keneally no hace de la historia un catálogo de lamentos ni explota el cliché del destino trágico. Mucho más rica, Kate Gaffney es la Australia de tierra adentro, la de los campesinos derrotados por las inundaciones o las sequías, la de las vías sin riesgo de tráficos de locomotoras ni de camiones de carga; una Australia más primitiva y menos complicada, la de ciudades provincianas de hábitos sedantes, acomodadas a horarios rudimentarios y expec vas elementales.

La novela se plantea como re el referir algo como si fuera ext a ella es el juego que se pro Thomas Keneally y logra dejar claro a través de un narrador maneja los hilos de la historia c ciéndola de antemano, poniend cosas en su sitio, como un mod que ese mundo demasiado trá pueda ser soportado. La narraci estructura alrededor del núcleo catástrofe, pero ésta sólo func como un detonante de det cotidianos e históricos que van cubriendo la fuente genética del del escritor, el centro –olvidad Sidney y en las grandes ciudac un fatídico intento de constru sueño australiano: "Data de un t po de buenas intenciones. Aust había contribuido a una guerra remota Europa con un númer jóvenes mayor en muchos casos el de los verdaderos beligerant dos de cada tres de aquellos mu chos del yermo australiano re taron bajas. Intentaban decir: ¡ estamos, aquí estamos! ¡Europ los mares del Sur! ¡Convictos imidos! ¡Auténticos británi incluso los irlandeses! La na premió a los héroes a su regreso trozos de desierto y el orgul nombre de 'soldados colonos' mayoría de ellos trabajaron de fi defendiendo la trinchera ag hasta el crac del año 1929, y algunos casos hasta la gran sequ comienzo de otra guerra mundia la década de los cuarenta".

La lectura de *La mujer de adentro* es cíclica, no sólo po termina en la misma calle y e mismo momento en que comie sino porque las vidas de Australia del centro están go nadas por un ritmo circular garantiza que las cosas duren y todo permanezca en su sitio. No acción sino funciones determina en los personajes y aun las pérd o los descubrimientos más terri

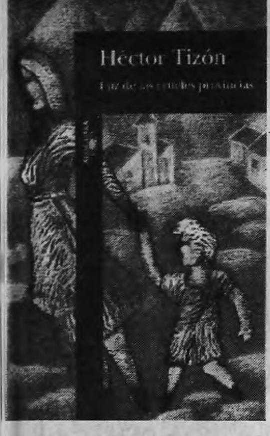
PERSIANA AMERICANA

EL DIA MENOS PENSADO por Enrique de Hériz, Ediciones B, 1994, 196 páginas.
A juzgar por la escueta información que trae la contratapa, Enrique de Hériz viene precedido, antes de publicar ésta, su primera novela, de fama de escribir muy bien. Eso no se le puede negar aunque a su historia de cómo un hombre eligió el camino de la mendicidad y cómo trata de que mantener en ese mundo los hábitos de la lectura y la escritura le falta cierto nervio narrativo y el ritmo necesario para atrapar al lector.

HUMOR, NACION Y DIFERENCIAS por Ana María Zubieta, Beatriz Viterbo, 1995, 156 páginas.
No son muchos los momentos de humor en la literatura argentina, donde suele predominar la pedagogía y la "profundidad". Por eso, son también escasos los estudios dedicados a analizar su modo de funcionamiento, por lo que este trabajo de Ana María Zubieta, licenciada en letras, sobre *La funambulesca historia del doctor Landormy* de Arturo Cancela y el *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal es un aporte necesario, a pesar de ciertos énfasis excesivos sobre la tarea de la crítica. Zubieta desentraña los mecanismos por los cuales el humor marca la diferencia, sus procedimientos y la articulación de las dos novelas con su contexto histórico y político.

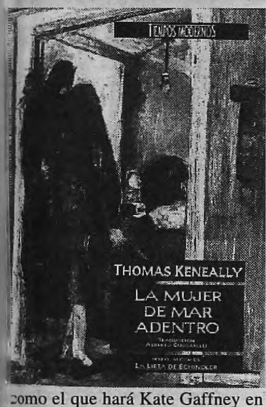
LOS LIBERALES REFORMISTAS por Eduardo A. Zimmermann, Sudamericana, 1995, 250 páginas.
A pesar de que hoy pueda sonar un tanto inverosímil, hubo una época en que los liberales argentinos estuvieron preocupados por la cuestión social, en especial en el momento de mayor auge de la inmigración a estas playas. El liberalismo de la mano de José Ingenieros, Juan B. Justo o Ramos Mejía mostró entre 1890 y 1916 (el período elegido por Zimmermann para su interesante estudio), desde distintas perspectivas, una voluntad de adaptar sus presupuestos ideológicos y políticos a una realidad que exigía respuestas: la población, la criminalidad, la ley, el anarquismo. El autor, traza el panorama del pensamiento liberal y de sus contradicciones con inteligencia, por lo que no vendría mal que los seguidores actuales de aquella ideología le echaran una mirada para ver si la contemplación del pasado les permite articular otra palabra que "ajuste".

LAURA TABOADA



del relato en un difícil equilibrio, característico de la narrativa de Tizón. Bruscos chispazos mágicos, históricos, historias pequeñas dentro del todo, airean el conjunto. Pero envolviendo todo está esa melancolía tan alejada de la angustia urbana, incluso de la depresión. Una tristeza fascinante, absorbente, que teje sin pausa un capullo alrededor de quien la toca –lectores o personajes–, sin la menor alharaca. Llega a sospecharse que los escasos brochazos filosóficos o poéticos son maderas de donde aferrarse para no naufragar en la pura entrega, el puro cero de esas "crueles provincias" donde la muerte del personaje más poderoso, el dueño, es dicha así: *"Todo ocurrió como si no hubiera sido nada"*. De ese equilibrio entre la riqueza de las historias y el marco desasido, carcomido que las envuelve, nace la originalidad de la obra de Tizón.

ELVIO E. GANDOLFO



como el que hará Kate Gaffney en relación con la muerte de sus hijos) serán incluidos en este orden natural del mundo. Escenas estáticas, todo el tiempo para observar el detalle, puntas del recuerdo que se cuelan pero siempre la misma voz que insiste para que la protagonista no olvide su culpa: preámbulos para la acción que nunca terminará de comenzar.

Keneally logra un registro neutral que da a su ficción la verosimilitud de los hechos reales. Su narrador busca captar la cualidad de lo inmediato, sin refuerzos sentimentales ni ejercicios de elocuencia; así la novela trabaja lo que para Keneally es decisivo en la existencia de los australianos, un rechazo a los peligros del lenguaje que, como a Kate Gaffney, los enfrenta a "la obligación de definir su desgracia en palabras"; uno de los personajes cuenta un relato folklórico que resume el origen de esta postura: "El viejo dijo que el don del habla había estado allí afuera, en la llanura, un animal aparte, en busca de un dueño, un amigo o algo así. Los demás le tenían miedo porque pensaban que era una bestia peligrosa, un follonero, una fiera dañina. Así que formaron una especie de comité para decidir a quién le tocaba cargar con el lenguaje. Y alguien, un animal o una criatura totémica dijo: 'Que se lo queden los humanos. Son vanos y estúpidos, y les gustará'".

GABRIELA LEONARD

FICCION

Las hazañas de don Juan

ME GUSTAN SUS CUERNOS, por Antonio Elio Brailovsky. Tusquets, 1995, 156 páginas.

Laura, una experta en literatura e historia, recibe la comisión, por parte de un cura, de investigar el origen de un texto oculto en los muros de una iglesia que narra un proceso por satanismo y brujería de la Inquisición a un seductor que conseguía mujeres contándoles historias. El acusado es antepasado directo de una de las familias más poderosas de España. Sus descendientes, temerosos de que el texto se conozca, se pasan toda la novela atentando contra la vida de Laura y del sacerdote. Mientras avanza con la investigación, Laura decide darle al acusado un nombre de ficción casi mitológico: Don Juan Tenorio.

Las historias que Don Juan les cuenta a las mujeres para seducirlas son la base de *Me gustan sus cuernos*, libro finalista del XVIII premio La Sonrisa Vertical (1995), escrito por el argentino Antonio Elio Brailovsky. La Sonrisa Vertical es tal vez la mejor colección de literatura erótica en castellano. En el libro desfilan las hazañas del caballero Ruggero, quien, para liberar a su amada debe vencer a doce guerreros durante el día y satisfacer a doce muchachas por la noche, tarea que logra más a fuerza de ingenio que de erecciones; revisiones picarescas de la historia de Sodoma y Gomorra y la vida del autor del Quijote contada desde la óptica irreverente de Dulcinea del Toboso, entre otras.

Sin embargo, *Me gustan sus cuernos* no alcanza a convencer. El erotismo de sus relatos está demasiado diluido por un afán erudito encarnado en las disquisiciones literarias de Laura; en vez de solazarse con la voluptuosidad de las historias que descubre en la investigación, ella prefiere discutirlas con la frialdad de un cirujano mientras que, por otro lado, va sintiendo una atracción sexual por el cura, que Brailovsky enuncia pero que no consigue hacer creíble. Como tampoco es creíble la subtrama policial que funciona como excusa de la investigación.

Me gustan sus cuernos carece de sensualidad, de morbidez, de voluptuosidad, de incitación erótica, elementos que tienen que ser esenciales en un texto de este género. Lo que no deja de extrañar considerando el excelente uso de todos estos recursos que aparecía en *Esta maldita lujuria*, un libro anterior de Brailovsky.

Una lástima.

EDUARDO HOJMAN

ANTICIPO DE "NIÑAS JUICIOSAS" DE ANGEL[A CARTER]

EL SANO JUICIO DE[...]



ANGELA CARTER

P. ¿En qué se parece Londres a Budapest?
R. En que son dos ciudades divididas por un río.

Buenos días! Permítame presentarme. Mi nombre es Dora Chance. Bienvenido al lado pobre del pueblo.

Dicho de otra manera. Si usted es de Estados Unidos, piensa en Manhattan. Después piensa en Brooklyn. ¿Ve lo que quiero decir? O, para un parisiense, podría ser cuestión de *rive gauche, rive droite*. Con Londres, la división es entre norte y sur. Nora, que es mi hermana, y yo hemos vivido siempre en el lado izquierdo, el lado que rara vez ven los turistas, el lado *bastardo* del viejo padre Támesis.

En otros tiempos se podía hacer una distinción cruda, así: los ricos vivían entre amable verdor en el norte y eran conducidos rápidamente a los almacenes exclusivos gracias a un transporte público abundante, mientras que los pobres llevaban existencias miserables en el sur en circunstancias de penuria urbana y estaban condenados a esperar horas enteras en paraderos de buses azotados por el viento entre ruido de violencia marital, ruptura de vidrios y cantos de borrachos y frío y oscuridad y olor a pescado frito con papas. Pero no se puede confiar en que las cosas permanezcan iguales. Ha habido una diáspora de los prósperos: treparon a sus Saab diesel y se dispersaron por toda la ciudad. No puede imaginarse el precio de una casa por aquí, en estos días. ¿Y de qué viven entonces las avecillas del cielo?

¡Al carajo con las avecillas! ¿Qué habría sido de *nosotras* si la Abuela no nos hubiera dejado esta casa? 49 Camino del Bardo, Brixton, Lon-

Dora y Nora Chance, dos gemelas inglesas, deciden festejar su cumpleaños número setenta y cinco contando sus vidas. Este es el motivo a partir del cual la británica Angela Carter –"Noches en el circo", "La cámara sangrienta" y "Venus negra", entre otros títulos de su narrativa– pone en marcha la delirante trama de su última novela, "Niñas juiciosas", que en los próximos días distribuirá la editorial Tesis-Norma.

LLEGAN A LA ARGENTINA LOS POLICIALES DE LINDSEY DAVI[S]

PHILIP MARLOWE CON TOGA

C.E.FEILING

Se dice que las últimas palabras del emperador Vespasiano fueron *Vae, puto deus fio* ("Ay, me estoy convirtiendo en dios, supongo"). Independientemente de si fue pronunciada o no, tanto la ironía como la laxa gramática de la frase definen a la persona y su época. A los historiadores antiguos les gustaban la prolijidad y los personajes de trazo firme: también se dice que Nerón murió exclamando *¡Qué artista pierde el mundo!* y Augusto, preguntándose *¿He desempeñado bien mi papel?* Tito Flavio Vespasiano, fallecido el 23 de junio del 79 d.C., fue el fundador de la dinastía de los Flavios. Era un hombre de clase media que se hizo del poder gracias al ejército, y que lo consolidó para sí y sus hijos quitándole prerrogativas al Senado y otorgándole a su propio cargo un carácter más explícita y codificadamente monárquico que el que había tenido antes. Que en el lecho de muerte, pues, haya gastado bromas acerca de su próxima deificación –acto vacuo pero demagógico, útil para captar al populacho de Roma– fue un acierto casi novelístico, ya sea de su parte o de algún imaginativo escriba.

Con toda seguridad, la británica Lindsey Davis (Birmingham, 1950) reparó hace mucho en el potencial literario de Vespasiano, ese hijo de un recaudador de impuestos que le dio a Roma once años de paz (69 d.C.-79 d.C.) pese a las maquinaciones de la Guardia Pretoriana, las conjuras de la aristocracia y las revueltas de tribus locales en sitios tan distantes entre sí como Judea y el norte de Inglaterra. Con toda seguridad, también, Davis se percató de que una novela histórica típica significaba demasiado trabajo, a riesgo de no agradar a los lectores ni resultarle remunerativa a ella. Este último punto, que los puristas del arte por el arte de morirse de hambre encontrarán sin duda ofensivo, se debe a que la autora, según lo aclara siempre que puede, abandonó un seguro puesto en la Administración Pública con el propósito de ganarse la vida escribiendo.

La aparición, por editorial Sudamericana, de "La plata de Britania", primera novela de la saga protagonizada por el romano Marco Didio Falco, introduce al peculiar escenario del policial creado por la inglesa Lindsey Davis. Un detective típico de la serie negra debe enfrentarse a delincuentes imperiales del primer siglo antes de Cristo.



En otro momento, escritores como Mika Waltari o Vintila Horia apostaron a amortiguar los rigores de la novela histórica mediante tramas de aventuras y reflexiones semifilosóficas, y el resultado fueron híbridos del tipo de *Marco el Romano* o *Dios ha nacido en el exilio*. Este camino no estaba abierto para Davis, ya que el público al que apunta es uno que ha ido más allá de Waltari y Horia, uno que conoce tanto las elaboradas inexactitudes del *Adriano* de Yourcenar como las impecables pero muy atractivas recreaciones del *Aníbal* o el *Alejandro* de Gisbert Haefs. La estrategia elegida por la novelista, sin embargo, fue a la vez sencilla y audaz: relegó a Vespasiano al papel de personaje importante pero secundario, utilizó los años de su reinado como telón de fondo y se aferró a las reglas de otro género, el que quizá más devotos e influencia ha tenido desde los años cincuenta hasta ahora, sobre todo gracias a la ayuda del cine.

Ante una novela policial ambientada en la Roma del siglo I, la inmediata tentación es hablar de anacronismos como los de *Asterix*; cuando se trata no ya de una sola novela, sino de una serie de novelas que anda ahora por la sexta, la tentación crece proporcionalmente. Sin embargo, los libros de Lindsey Davis se sostienen, y el impulso sarcástico de comparar su obra con la de Goscinny & Uderzo puede transformarse en elogio, servir para subrayar los guiños hacia la parodia que la recorren y puntúan. Los libros de Davis, pese a que ella se presta al estereotipo de la señora inglesa que escribe policiales, le deben bien poco a Agatha Christie –quizá las deliciosas y malvadas *Dramatis Personae*, las listas de personajes que abren cada volumen–, y casi todo a Raymond Chandler. Su personaje, Marco Didio Falco, es un ex legionario metido a detective, un duro al que muchos golpean pero nadie vence, un republicano que aprecia la honestidad del emperador pero desconfía de las instituciones, en definitiva un Phillip Marlowe muy anterior al siglo XX.

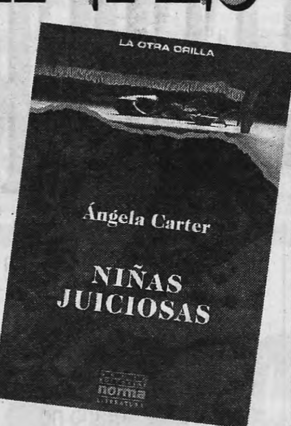
Movida por la cifra de ventas que las novelas de Marco Didio Falco han alcanzado en Inglaterra, España, Estados Unidos y Alemania –en EstadosUnidos ya hay una serie de televisión, que aquí de vez en cuan-

CARTER

LAS ANCIANAS

dres, South West Two. Bendita la casa. Si no fuera por esta casa Nora y yo estaríamos ahora en la calle, con nuestros bienes terrenales en bolsas de plástico, chupando de la botella para consolarnos, como niños de teta, estallando en cantos de alegría cuando finalmente nos admitieran en el refugio nocturno y nos echaran de inmediato por hacer bochinche, para luego helarse y al fin, que se apague la vela, ignoradas en la calle, llevadas por el viento como trapos. Buena reflexión para una muchacha de setenta y cinco años, ¿no?

¡Sí! Setenta y cinco. Feliz cumpleaños para mí. Nacida en esta misma casa, no, en este mismo ático exactamente hace hoy setenta y cinco años. Hice la reverencia cinco minutos antes que Nora, la que en este preciso momento está abajo, desayunando. Mi muy querida hermana. Feliz cumpleaños para nosotras. Este es *mi* cuarto. No lo compartimos. Siempre hemos respetado la intimidad de la otra. Idénticas, santo y bueno; siamesas, no. Todo está un poco sucio, lamento decirlo. No se puede lavar, lavar, lavar, brillar, brillar, brillar en estos días, cuando el tiempo es tan precioso, pero hay que echarle una buena mirada a las fotos firmadas colocadas en los bordes del espejo del tocador: Ivor; Noel; Fred y Adèle; Jack; Ginger; Fredy Ginger; Anna, Jessie, Sonnie, Binnie. Todos amigos y colegas, érase una vez. Y la más nueva, una niña alta, delgada, rizos negros, ojos inmensos, sin pantalones. "Tiffany toda suya", y cantidades de XXXXX. ¿No es linda? Nuestra querida ahijada. Tratamos de sacarla de la farándula pero no hizo caso. "Lo que era bueno para ustedes era bueno para mí." La farándula, cómo no: no se ha visto una muchacha tan linda como Tiff, pero también se le ha visto todo.



¿Qué hacíamos nosotras? Cabe en una palabra. Eramos muchachas de canto y baile. Todavía podemos levantar una pierna más alto que cualquier perro, si se necesita.

Hola, hola... aquí viene uno de los gatitos, saliendo del guardarropa, estirándose y bostezando. Puede oler la panceta. Hay otro, blanco, con manchas color mermelada de naranja, durmiendo en mi almohada. Unas docenas más andan libremente por ahí. La casa huele a gato, un poco, pero más a corista geriátrica –crema para la piel, polvos, naftalina, colillas, té pasado.

"Ven y te consiento, gatito."

Hay que tener alguna cosa que consentir. Entonces, ¿es que el gatito quiere su desayuno? Danos un minuto, gato, miremos por la ventana.

Tiempo frío de primavera, brillante, con viento, igual que el día en que nacimos, cuando caían los zepelines. Lindo cielo azul, un regalo de cumpleaños. Conocí una vez a un muchacho con ojos de ese color, hace años. Desnudo como una rosa, sin un pelo; era muy joven para tener vello en el cuerpo. Y ojos azul cielo.

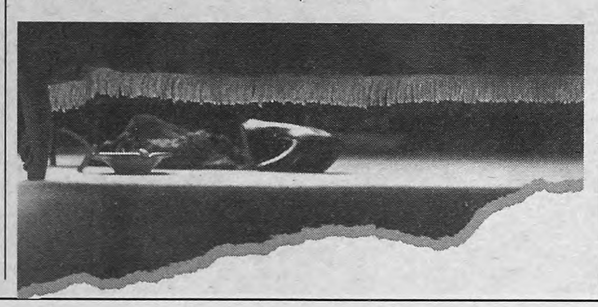
Se alcanzan a ver millas enteras desde esta ventana. Se puede ver el otro lado del río. Allá está la abadía de Westminster, ¿la ve? Al viento cón la cruz de San Jorge, hoy. San Pablo, la teta sola. Big Ben, con su ojo dorado. No hay muchas cosas más que sean familiares en estos días. Esta es más o menos la época que se presenta en cada siglo cuando agarran lo que pueden del viejo y querido Londres y lo echan abajo. Vuelven a edificarlo, como al puente de Londres en la canción infantil, adiós, qué tal, pero nunca es el mismo. Incluso las estaciones de tren, cambiadas hasta resultar irreconocibles, se convirtieron en zocos. Waterloo. Victoria. No se puede conseguir en ninguna parte una taza de té decente, no hay sino Harvey Wallbangers, cochino capuchino. Tiendas de medias y de calzones por donde se mire. Le dije a Nora: "¿Te acuerdas de *Breve encuentro*, como lloraba yo a chorros? Ya no tienen una estación donde encontrarse ahora, como no sea una tienda de calzones. Sus manos tendrían que tocarse tímidamente por debajo de un par de calzoncillos con la bandera inglesa".

"Vamos, pendeja sentimental", dijo Nora. "El único breve encuentro que *tú* tuviste en la guerra fue el revolcón con un yanqui detrás de los baños en la estación de Liverpool Street."

"Sólo estaba haciendo mi contribución al esfuerzo de guerra", contesté serenamente, pero no me estaba oyendo y empezaba a soltar una risita.

A veces me parece que, si hago el esfuerzo necesario, puedo ver el pasado. Ahí va el viento, otra vez. Estrépito. Se vuelcan los tachos, toda la basura se derrama... latas vacías de comida para gatos, paquetes de cereal, medias rotas, hojas de té. Actualmente estoy trabajando en mis memorias e investigando la historia de la familia –vea el procesador de palabras, los ficheros, a la derecha, a la izquierda, toda la mugre de todo el mundo. ¡Qué viento! Alborotando y retumbando por toda la calle, la clase de viento que pone todo patas arriba. Setenta y cinco hoy, y un día patas arriba de viento y de sol. La clase de viento que se mete en la sangre, que enloquece. ¡Locura!

Y tuve un pequeño escalofrío porque supe de pronto, lo supe en mis entresijos, que hoy iba a pasar algo. Algo excitante. Algo bonito, algo feo, me importa un pito. Con tal que algo suceda para recordarnos que todavía estamos en el mundo de los vivos ●



---

do aparece en la madrugada de algún cable–, Editorial Sudamericana ha decidido publicarlas todas. Hasta ahora son: *La plata de Britania*, *La estatua de bronce*, *La Venus de cobre*, *La mano de hierro de Marte*, *El oro de Poseidón* y *Ultimo acto en Palmira*. Conviene aprovechar la aparición de la que abre la serie, *La plata de Britania*, para señalar ciertas características que distinguen el entretenimiento intelectual que Davis proporciona. En primer término, hay que decir que el Chandler que elige como modelo no es el de cualquier novela, sino el de la inconclusa *Poodle Springs*, donde Marlowe aparece casado. De hecho, los libros de Marco Didio Falco pueden leerse también por el interés que poseen los vaivenes de la historia amorosa de Marco y Helena Justina, hija de un senador y personaje casi tan importante como el detective. Y a tal punto Marco no es un solitario que lo persiguen una madre que duda de su buen juicio, varias hermanas mal casadas, un ejército de sobrinos y el recuerdo de Festo, su heroico hermano muerto en la campaña de Judea.

Casi en paralelo con el vínculo que une a Marco y Helena Justina, está el que le otorga densidad histórica a las novelas. Hacia el final de *La plata de Britania* hace su entrada Vespasiano, que con gran trabajo convence a Didio Falco de convertirse en su informador. Mediante este recurso, Davis consigue justificar que los casos de Marco se vayan siempre entremezclando con la historia política del Imperio Romano entre el 69 y el 79 d.C. En una novela negra clásica, semejante colaboración entre el detective y las autoridades sería impensable, pero otro de los méritos de la escritora es lograr que las tensiones entre Marco y su empleador suenen creíbles y resulten siempre graciosas. "Los banquetes de Vespasiano -reflexiona Marco en la página 205 de *La plata de Britania*– eran realmente chapados a la antigua. Las camareras se dejaban la ropa puesta y el emperador jamás envenenaba los alimentos." ●

Rodrigo Fresán cuenta el cuento de su primera novela

SOÑAR EN ESPERANTO

Nadie sabe con exactitud por qué o para qué sueñan los hombres. Los escritores tampoco; pero en el caso de Rodrigo Fresán un sueño de una noche de verano no demoró en traducirse en ficción vertiginosa. En esta página, el autor de "Historia argentina", "Vidas de santos" y "Trabajos manuales" narra con los ojos abiertos la inesperada y onírica génesis de "Esperanto", novela que acaba de distribuir Tusquets Editores.



RODRIGO FRESAN

Primero –antes que nada– el título. Sin un título no puedo ni siquiera encender los motores. El título como soga al cuello, como luz de faro, como cédula de identidad. Me pasó con *Historia argentina*, con *Vidas de santos* y con *Trabajos manuales*. Así, anoto los títulos que me gustan en una libreta y algunos de ellos se las han arreglado para crecer hasta convertirse en libros. Los títulos siempre han dictado el plano de los libros y elevado las paredes. Y –por suerte, hasta ahora– las historias nunca demoraron demasiado en venir a vivir entre ellas.

En realidad –fines del '94– yo estaba trabajando en otros dos "títulos". El primero era un nuevo volumen de cuentos –*Ciencias exactas*– y ya casi tenía terminado un relato de más de treinta páginas bajo el nombre de "Señales captadas en el corazón de una fiesta". El otro título –*Mambrú*– era lo que suponía iba a demorar por lo menos un par de años en convertirse en mi primera novela.

El caso *Esperanto* fue un poco distinto. *Esperanto* era un título de los que no sabía casi nada y al que intuía como irremediablemente lejano.

Esto es lo que sí sabía sobre *Esperanto*: Esperanto iba a ser, apenas, el apellido del protagonista y *Esperanto* iba a ser el tipo de libro –por encima de calidades y trascendencias– que eran *Herzog* (Bellow), *Schultz* (Donleavy), *Stern* (Friedman), *Jernigan* (Gates), *Frog* (Dixon). Todos estos libros tienen algo en común más allá de ser novelas. Todos estas novelas llevan el apellido de su protagonista como un estigma en la tapa. Y todas narran el tránsito en picada vertical de "héroes" siempre superados por los modales de un planeta que no comprenden y que no los comprende. Por eso –pensaba– Esperanto iba a repetir una y otra vez a modo de mantra la frase "Nadie me entiende". Intuía en algún lado que *Esperanto* iba a ser otra "historia argentina"; es decir la trágica comedia de un hombre que, por más que lo intentara, no podía separarse de la cómica tragedia de su país.

Y eso era todo lo que sabía sobre *Esperanto*.

Y lo cierto es que no me preocupaba demasiado saber algo más. No tenía planeado terminar ninguno de los "títulos" antes mencionados durante el '95. En realidad estaba decidido a un año sabático durante el cual el verbo *escribir* sería plácidamente suplantado por el verbo *leer*. Yo iba a hacerle los honores a semejante verbo. Hacía varios años que pasaba sin interrupción del final de un libro al principio de otro y se sabe que no es lo mismo leer mientras se piensa lo que se va a escribir dentro de cinco minutos que leer pensando en lo que se va a escribir algún día de estos. Era por lo tanto el momento ideal para reparar ciertas asignaturas pendientes y –regalo de Navidad de Claudia, mi mujer– me consagré a la lectura de *En busca del tiempo perdido* encandilado por descubrir la súbita existencia de Marcel Proust como uno de mis escritores favoritos después de haberlo postergado durante tantos años vaya uno a saber por qué.

Sería injusto y pasto de ácidas malinterpretaciones afirmar aquí que *Esperanto* es una novela proustiana pero nada me cuesta asentar que –teniendo en cuenta, entre otras cosas, que Esperanto baila alrededor de la imposibilidad de negar el vals de la memoria privada rompiendo y estallando súbitamente frente a las murallas de la memoria colectiva– es, por lo menos, una novela de algún modo *proustituida* por la sombra tutelar de Marcel Proust.

Me explico:

Mitad de *El mundo de Guermantes*. Vacaciones. Villa Giardino, Córdoba. Marzo. Claudia y yo y casi nadie más en el fin de temporada de un hotel para actores y mucho tiempo nublado para leer y una noche me despierto y la despierto y le digo que "me parece que soñé una novela" y garrapateo unas páginas nerviosas (escenas sueltas, nombres de personajes, estructura narrativa) y vuelvo a dormir y, a la mañana siguiente, el espanto casi anticipado de no recordar casi nada, de no entender casi nada de lo que se había escrito y de sentir cómo el sueño se disolvía con la inexorable velocidad de un Alka-Seltzer. De ese sueño me queda tan solo un recuerdo sólido y en blanco y negro: la imagen de un hombre (Esperanto) apenas manteniendo el equilibrio sobre la cubierta de un velero y arrojando una vieja polaroid por la borda mientras es observado por otro hombre (La Montaña García) de medidas colosales y paciencia infinita. La escena aparece casi en el principio del libro tal cual la soñé y –habiendo llegado a mí desde las profundidades de un sueño– no pude sino obsequiarle a mi sufrido protagonista un sueño recurrente inaugurado en los primeros tramos de mi infancia. No voy a contarlo aquí. Alcance con decir que no he vuelto a ser visitado por ese sueño desde que inicié la escritura de *Esperanto*.

Reviso otra vez el apresurado caos de esas páginas en trance y me parece ser una vez más privilegiado destinatario de postales enviadas desde el otro lado. Frases sueltas, flechas, fechas disparadas quizá por la sobreexposición a Proust funcionando como magdalena nutricia e inspiradora.

Una semana después del satori onírico/serrano volví a mi casa, abrí la libreta cordobesa, encendí la computadora y todo pareció encajar sin el menor esfuerzo en su lugar justo dentro del marco casi tiránico en sus límites de una semana en la vida del protagonista donde orquestar una trama con aires de thriller existencialista y tierras de comedia negra con un reparto que incluía un gigantesco publicitario obsesionado por sus secreciones corporales, una top-model santificada por su tragedia, un líder guerrillero apodado Capitán Hendrix, un militar genocida y adicto a las luces de discoteca, una madre sofisticadamente bestial, un hermanastro videostar y zombie, un tío estudioso de las ciencias ocultas, un psicoanalista más que paciente y la insistencia de una errata cronológica que me persigue desde mi primer libro y que no pienso corregir mientras pueda. Todo esto y mucho más orbitando alrededor de una semana en la vida de Federico Esperanto, músico abandonado por su musa y víctima de todas las desgracias posibles en un país donde la gente desaparece y la Historia baila y se sacude desde la depresiva oscuridad del Proceso a la histérica brillantez Primer Mundo de un supuesto Primer Mundo.

Terminé la primera y esquelética versión de *Esperanto* en siete días después de haber comenzado y exactamente a la misma hora de tipear el título siete días atrás. Después, claro, vinieron los meses de pulir y de anexar las perfectas sugerencias –mi deuda para con ellas es inmensa– de las dos únicas personas que tuvieron acceso al material durante su escritura: mi mujer Claudia Gallegos y mi editora Paula Pico Estrada.

No hay nada más incierto que estas apocalípticas notas a posteriori donde alguien pretende explicar la génesis de un texto abordando otra de las tantas formas de la ficción y –más allá de la felicidad de teclear sin interrupciones– lo cierto es que poco y nada recuerdo de la construcción per se del libro. Sería mentiroso entonces hablar de "sistemas" o de "estrategias"; pero sí puedo precisar que la supuesta "facilidad" casi catártica con que se iba organizando *Esperanto* me obligó a separarlo del resto del mundo y así pasar largas horas contemplándolo con la perversa ternura que se dedica a un hamster hiperkinético girando sus días en una rueda enjaulada. Me pareció que *Esperanto* requería de un ambiente controlado, íntimo y al vacío y que debía preservarlo a toda costa de posibles y prematuros despertares. Después de todo: ¿hay algo más privado que la escritura de un sueño?

La verdad –ya lo advertí: toda historia íntima de una novela es discutible pero sí les pido que me crean esto– es que nunca gocé tanto de la escritura y espero que algo de esa euforia se transmita al menos en parte al lector con una novela que puede ser leída como un thriller patrio; como despedida de ciertas pasiones y tics de la juventud; como forma alternativa de justicia dentro de una sociedad que hace tiempo extravió la aplicación práctica de la idea en cuestión; como un tratado narrativo sobre el descongelamiento del personaje partiendo de lo estrictamente cerebral para redimirse en lo puramente animal; como crítica al espejismo videoinformático fin de milenio; como múltiple conjugación del verbo típicamente argentino *desaparecer*; como ajuste de cuentas conmigo mismo y depuración de estilo y cierre de ciclo; como lo que ustedes quieran.

Ahora vuelvo al título *Mambrú* y al título *Ciencias exactas* y me dispongo a la lectura de otros libros, de otras asignaturas pendientes.

Mientras tanto y hasta entonces lo de antes, lo del principio, lo de antes del sueño, lo del título: la curva libre de un hombre prisionero de su derrumbe; la exploración del ambiguo síntoma del vértigo; el registro de esa caída sin frenos por el empinado camino de la memoria; la sospecha de que tarde o temprano ese hombre va a levantarse y la felicidad de estar ahí –sobre la cubierta de un velero– para ayudarlo a que así sea; para ponerlo por escrito; para comprenderlo de una vez por todas aunque el hombre se llame Esperanto y jure una y otra vez que nadie lo entiende.



Mariano Roca